

Y después doña Estrella,
que acababa con aire melindroso
de contar á Torralba, que por ella
jubiló á su mujer el rey su esposo,
trazando líneas vagas con un ramo,
emblema, por ser de oro, del dinero,
pronunció en doce idiomas el «¡Te quiero!»
y conjugó en catorce el verbo «¡Te amo!».
Y al fin otra hechicera jubilada,
más fea que una grulla disecada,
dijo ciertos conjuros que sabía,
y con tino evocada,
Muliércula se alzó galvanizada,
mas dormida por dentro todavía.

VII

Torralba, en la ilusión de sus placeres,
ve cómo crea su infalible ciencia
ese ambiente de amor, de luz y esencia
que vaga en derredor de las mujeres,
y cuya aroma en seducción iguala
al acre olor á creación que exhala
la concha de la Venus de Citeres.
¡Qué admiración! *Muliércula* tenía
cierta limpieza natural externa,
como á Venus adúltera dió un día
la espuma en que nació pureza eterna.

VIII

Y sintiendo el prestigio de la pura
exudación de luz de su hermosura,
Torralba la estrechó con ansia loca,
y le duró un minuto la blancura
de un beso que le dió sobre la boca.
Y al ver que de su amor como prefacio
le echa estas flores del jardín de Horacio
á una mujer tan bella
que sería un asombro en un serrallo,
la virgen doña Estrella
piensa... ¿en qué? Yo lo sé, pero lo callo.
Y por fin la hechicera mal pensada,
le dijo conmovida:
—Al fuego del infierno bautizada,
será su pecho un Etna sin salida.
La llevarás tú mismo
del infierno al abismo,
y á aquel fuego maldito sometida,
adquirirá en seguida

el *ánima* del bello paganismo,
que, siendo menos que alma, es más que vida.—
Y así, bien orientado,
llevando enamorado
la hija artificial de su deseo,
fué al infierno á buscar el Licenciado
aquel fuego sagrado
que buscaba en el cielo Prometeo.

IX

Para darle un adiós, las hechiceras
salieron de su edén. Después, ligeras,
cruzando valles y salvando lomas,
tornaron á sus antros escondidos,
como se vuelven á buscar sus nidos
al palomar, volando, las palomas.

CANTO SÉPTIMO

TORRALBA BUSCA LA DICHA EN EL INFIERNO

I. Llegan Torralba y *Muliércula* al infierno.—II. El canónigo Juan García.—III. Las obras de Aristóteles.—IV. El archivero Butibamba.—V. La moral del diablo.—VI. Petrificación del infierno.—VII. Bautismo de *Muliércula*.—VIII. Aparición de las almas de Zaquiél y Catalina.—IX. Despedida del gran Demo al infierno.—X. El gran Demo se traslada á otro mundo en un cometa.

I

Como Dante algún día
sabios informes del abismo trajo,
en tiempo de Torralba se sabía
que era llana la tierra, y que tenía
el cielo arriba y el infierno abajo.
Caminando derechos
Torralba y su mujer por un atajo,
y atravesando á trechos
por montes empinados
sendas torcidas que parecen lechos
de arroyos por el sol evaporados,
buscaban, por dos montes oprimido,
cierto valle profundo
que es el antiguo infierno, convertido
en vertedero general del mundo;
y cuánto más al valle se acercaban,
la atmósfera cruzaban
unos aires malsanos,
pues conforme pasaban,
las faldas de las nubes se impregnaban
con efluvios de muerte en los pantanos;

y al fin ven que formando una gran calle,
que es hoy lecho de un río en el invierno,
prensado entre dos montes, hay un valle
al que Dante llamaba el *bajo infierno*.

II

Al llegar á la puerta el Licenciado
con *Muliércula* al lado,
con cara de escapado de una orgía,
se presentó á su amigo Juan García,
una grave persona
de mucha autoridad y jerarquía,
sabio en astrología,
canónigo y doctor en Barcelona.
Mas siendo el tiempo en que Martín Lutero
mezcla al pan eucarístico cizaña,
y el mismo en que el ejército de España
patrulla en derredor del mundo entero,
García, aunque católico romano,
ya prefiere, un poquito luterano,
al criterio de Roma, la Escritura,
y formando una ley de su conciencia,
se confiesa con Dios, que es un buen cura
que oye, calla y no impone penitencia.

III

El caso es que celoso el Santo Oficio
tenía á Juan García á su servicio,
y á petición de astrólogos y ascetas
al infierno con órdenes secretas
lo mandó en comisión, porque sabía
que en el archivo del infierno había
las obras de Aristóteles completas.
Y honrando al eminente Estagirita,
á quien la Iglesia imita
buscando el imposible
de explicar por lo humano lo divino
y deducir, como Tomás de Aquino,
las ideas y Dios de lo sensible,
con las mañas de diablo que tenía
supo adquirir artero
las obras de Aristóteles, García,
del diablo Butibamba, el archivero,
un sabio que enseñaba á los cristianos
ideas por los griegos olvidadas,
y después de encontradas,
perdidas otra vez por los romanos.

IV

Bajo, rechoncho y con nariz de arpía,
tanto que se creía
que en su primera encarnación fué loro,
Butibamba sabía
las obras de Aristóteles de coro;
y guardaba además el gran tesoro
de un libro en que estampó, para gobierno
de hipócritas y gentes desalmadas,
en reglas de moral muy compendiadas,
los ritos de la iglesia del infierno.
Ved de este libro raro
del docto Butibamba (que por poco,
siendo archivero y de saber avaro,
por no poder ser claro
doce veces ó más, se ha vuelto loco),
las máximas mejores,
por las cuales verán nuestros lectores
que la moral que al diablo más le agrada
es la moral de Cristo exagerada:

V

I

«A todos los hipócritas que viven
haciéndose pasar por justicieros
y que creen que los libros que se escriben
son venenos que venden los libreros,
les mando, como á seres superiores,
que extirpen á los *buenos*,
y así tendremos los mercados llenos
de la raza infernal de los *mejores*.»

2

«Glorificad esa moral terrible
de que es obligación del hombre recto
pedir la perfección de lo imperfecto
y hacer de la virtud un imposible.»

3

«¡El hombre! enaltecedle con respeto
como á un Dios destronado,
y jamás le iniciéis en el secreto
de que es sólo un mamífero endiosado.»

4

«Amad, en religión, la verdadera,
y acabad con el hierro y con la hoguera

con todo el que presume de blasfemo.
¡Llevad hasta el extremo
todo aquello que ofusca y desespera!»

5

«Elevad el encanto
del santo matrimonio á lo ultra santo,
y no forméis empeño
en querernos probar que el que se casa
tiene una cama grande, en la que pasa
más horas de fastidio que de sueño.»

6

«Enseñad á esperar; es tan cumplida
la humana confianza,
que se traga el anzuelo de la vida
con el cebo fatal de la esperanza!»

7

«Realizad el programa
de que el hombre de ideas generosas
siempre debe matarse por tres cosas:
¡por su fe, por su ley y por su dama!»

8

«Y cautelosamente
cuando os falte la luz de lo presente,
abrid una ventana en lo futuro,
haciendo así reinar eternamente
los sagrados misterios de lo oscuro.»

Juntando á estas diabólicas recetas
las obras de Aristóteles completas,
al morir Butibamba, honradamente,
en honor á la ciencia,
á Juan García las dejó en herencia
por juzgarle su próximo pariente;
y prestó un gran servicio,
pues, gracias á su celo,
con ellas pudo hacer el Santo Oficio
una Babel para escalar el cielo.

VI

Queriendo gozar pronto el Licenciado
de los tristes placeres del pecado,
le dijo á Juan García
señalando á *Muliércula*:—Es urgente
que á ese fuego infernal, que ya se enfría,

á esa mujer, creada por mi mente,
se la inspire, no un alma cual la mía,
sino esa vida que vegeta y siente.
—Verdad—dijo á Torralba Juan García,—
frío y desalquilado
el infierno ya está, como algún día
el Olimpo de dioses despoblado.
Desde el supremo instante
en que al hombre enseñó su infierno el Dante,
á otra región lo trasladó el Eterno,
y de este mundo lo sacó en el acto,
temiendo que perdiese su contacto
la honradez de los diablos del infierno.
Mas, al ver á la gente condenada,
por no dejar su infierno, sublevada,
frunciendo el entrecejo
todo el infierno viejo
petrificó el Señor con su mirada.
Y ¡oh patriótico amor! Dios quiere en vano
llevarlos á un planeta más lejano,
que en varias formas y diversos modos,
aceptando el castigo soberano,
con placer sobrehumano,
convertidos en rocas, bajan todos
al reino mineral del reino humano.
Trasladado el infierno á tierra extraña,
¿cómo podría estar un condenado
en un punto alejado
del idioma español y el sol de España?
El mismo Butibamba entre sus gentes
es, convertido en roca,
un ídolo de piedra en cuya boca
ya se crían nidadas de serpientes.
Y aunque no ha hablado Dante
del suplicio de ser *roca pensante*,
los necios que presumen que están ciertos
de que todo la nada lo devora,
porque tienen los muertos
cierto modo de vida que se ignora,
no conocen las luchas tenebrosas
en que, en los días de dolor, batallan
las cosas con las cosas,
que oyen, miran y sufren, pero callan.—

VII

Y—Al fin llegó el momento
—dice á Torralba con seguro acento,—
pues ya, galante corredor de amores,
el polen dispersando de las flores,

hace una boda universal el viento.—
 Y sopló Juan García diligente
 cenizas que atizaba inútilmente.
 Mas como el mundo enseña
 que es fácil hacer fuego donde hay leña,
 el Licenciado luego,
 para avivar el extinguido fuego,
 al ver la puerta del lugar maldito,
 á descolgar de su dintel se lanza
 el gran listón en que se hallaba escrito
 el ¡DEJAD AL ENTRAR TODA ESPERANZA!
 Y al avivar con el listón la hoguera,
 dijo Torralba:—Dios, de esta manera,
 hará otro infierno, al que de nuevo lleve
 la esperanza maldita,
 que cual la sed de Tántalo, se irrita
 viendo correr el agua que no bebe.
 ¡Oh esperanza tan loca como bella!
 ¿Qué pena en él á realizar se alcanza,
 si no está en el infierno la esperanza
 y el desengaño y la inquietud con ella?—
 Y después, dirigiendo unas miradas
 al fuego casi extinto
 que aun queda en el recinto
 de las grandes pasiones depravadas,
 García con presteza
 se inclina, coge tierra, se levanta,
 y de aquella mujer en la cabeza
 á derramar ceniza se adelanta,
 diciéndola:—¡En el nombre de la santa
 madre naturaleza!—
 Y añadió Juan García:
 —¡Marcha ahora á vivir, ama y sé amada!—
 Así fué la *Muliércula* aquel día
 con fuego del infierno bautizada.

VIII

Y mientras Juan García
 comete estos horrores,
 ¿qué hacían aquel día
 Catalina y Zaquiel, dos pecadores
 que no están redimidos todavía?
 Sin casquete de cuernos,
 adorno natural de los infiernos,
 está Zaquiel de Catalina al lado
 ya en ángel transformado,
 y los dos, con acento inconsolable
 queriendo redimir lo irredimible
 rezan con fe invencible,

por el hombre culpable,
 en la punta de un monte inaccesible
 donde ya no es el aire respirable.
 Ella, fiel de Torralba á la memoria,
 con su oración quiere aliviar sus penas,
 que, además de un placer, es una gloria
 vivir para expiar faltas ajenas.
 Y en tanto que, con místico semblante
 y labios sonrosados,
 dignos de ser besados
 de un hermano más bien que de un amante,
 pide al cielo del hombre impenitente
 el perdón de las culpas y pecados,
 adornando su frente
 con vislumbres extrañas
 un iris se tendía vagamente
 sobre el fondo del valle, como un puente
 que pusiese en contacto dos montañas;
 y con el rostro en las alturas fijo,
 —¡Perdonadle, Señor!—la sombra dijo.
 Después, llorando, repitió la frase
 con profunda tristeza,
 y la frente inclinó, cual si llevase
 todo el peso del mundo en la cabeza.

IX

Mirando de improviso Juan García
 hacia el lugar por donde nace el día,
 —¡Escuchad—exclamó—como el gran Demo
 desde aquella montaña
 les da á sus hijos el adiós supremo,
 al marcharse á ser rey á tierra extraña!—
 Y miran, á través del horizonte,
 de Demo la figura,
 que se eleva en la cúspide de un monte
 donde acaba la vida, y no la altura,
 y que prorrumpe así:—¡Miseros seres,
 condenados por Dios á eterno duelo,
 por disfrutar placeres
 que no están en los cánones del cielo;
 convertido el infierno en un osario,
 hoy os dejo, en unión con los mortales,
 el sublime escenario
 de los siete pecados capitales;
 y pues que vuestro celo
 se deja ahí petrificar sin pena,
 y que así como al preso la cadena,
 del infierno el amor os ata el suelo,
 después que soportásteis los horrores
 de un destino inclemente,

proseguiréis gozando eternamente
 el gran placer que vive de dolores.
 ¡No esperéis redención, raza culpable!
 ¡Como todo en la tierra es miserable,
 de miseria en miseria
 hará vuestro dolor interminable
 en su cópula eterna la materia!
 Corriendo del dolor la inmensa gama,
 gozaréis el amor en giro eterno,
 desde la pura llama,
 hasta el odio más tierno,
 pese al vulgo que cree que es el infierno
 un refugio infeliz donde no se ama.
 Entre rocas y plantas venenosas,
 seguiréis como larvas tenebrosas
 del odio y del amor la cruda guerra,
 que es perpetua en la tierra
 la hostilidad constante de las cosas.
 ¡En vano, huyendo del dolor que espanta,
 la substancia mortal se transfigura,
 que en el hombre, en el mármol, en la planta,
 en el fondo de todo, hay amargura!
 Y es ley, pueblo querido,
 de que todo lo que es y lo que ha sido,
 acabe al fin como acabó este infierno,
 que es el silencio eterno
 el diapasón final de todo ruido!—

x

Y en prueba de obediencia,
 el gran Demo, creyendo
 que ya estaba de Dios en la presencia,
 —¡Voy, Señor!—exclamaba, respondiendo
 á una voz que sonaba en su conciencia.
 Y al cumplir reverente
 las órdenes divinas,
 en tanto que fulguran culebrinas
 de tristeza y de espanto por su frente,
 mira al valle de nuevo, se levanta,
 y hollando con su planta
 la nieve de cien siglos de la sierra,
 puso el pie en un cometa que pasaba,
 á tiempo que su labio murmuraba:
 —¡Adiós, infierno mío!—
 Y cuando ya la noche adelantaba
 su silencio, sus sombras y su frío,
 obediente el cometa,
 de orden del Ser Supremo,
 cruzando los espacios, llevó á Demo
 á ser rey de otro infierno á otro planeta.

CANTO OCTAVO

TORRALBA HALLA LA DICHA EN LA MUERTE

—Con la iglesia Lemos dado, Sancho.
 —Ya lo veo, respondió Sancho, y plegue á Dios que no
 demos con nuestra sepultura.
 (QUIJOTE, parte 2ª, capítulo IX.)

I. La ciudad de Cuenca.—II. Torralba en la Inquisición.—III. Proceso de Torralba.—IV. Confesión de Torralba.—V. El tormento.—VI. Las sombras de Zaquiel y Catalina.—VII. El auto de fe.—VIII. Muerte de *Muliércula*.—IX. Torralba muere de asco de la vida.—X. Última aparición de Catalina.

I

De montes circundada,
 está Cuenca, fundada
 sobre un cerró de forma de una piña,
 y conforme descende, va, ensanchada,
 á buscar más espacio en la campiña.
 Valerosa ciudad, que, por su arrojo,
 desde los tiempos de los moros pudo
 lucir un cáliz de oro por escudo
 y una estrella de plata en campo rojo.

II

En seis de mayo iba á romper el alba,
 cuando en cierta prisión del Santo Oficio,
 á don Diego de Zúñiga, Torralba
 —Sois—le decía—un desertor del vicio.
 —Yo soy—dice don Diego—un caballero...
 —¡Sí! ¡sí!—gritó Torralba presuroso,—
 que supo delatar á un compañero
 al Santo Tribunal, por sospechoso
 de ser casi un apóstol de Lutero.
 —Porque soy un cristiano verdadero...
 —Porque sois un tramposo
 que, engañando la fe de un pueblo entero,
 un santo acreditó de milagroso
 para ganar ofrendas y dinero.
 —La ley de Dios es un deber sagrado—
 Zúñiga repetía;
 y Eugenio de Torralba le decía:
 —Es muy malo el pecado,
 pero es mucho peor la hipocresía
 de unos viles hidalgos que, á millares,
 aspiráis al honor de familiares,
 por no ser sospechosos de herejía.—

III

Y cuando lentamente
 ya, colgado del sol marchaba el día,